

Exposición de Ofelia Andrades en la Galería Bech

Pintora se desnuda por amor a la historia del arte

La autora exhibe reproducciones de telas de grandes maestros en las que, además de pintar, actuó como esforzada modelo.

JAZMÍN LOLAS E.

El rostro de Ofelia Andrades se multiplica por siete en las paredes de la Galería Bech y la razón es simple: además de pintarlas, la joven artista ha servido de modelo para todas las obras que presenta en esa sala de Alameda 123, bajo el título *Figuras del original*.

Aunque podrían considerarse autorretratos, las telas que la autora exhibe no son exactamente eso, sino versiones personales, o citas, de algunas piezas realizadas por figuras célebres de la historia del arte.

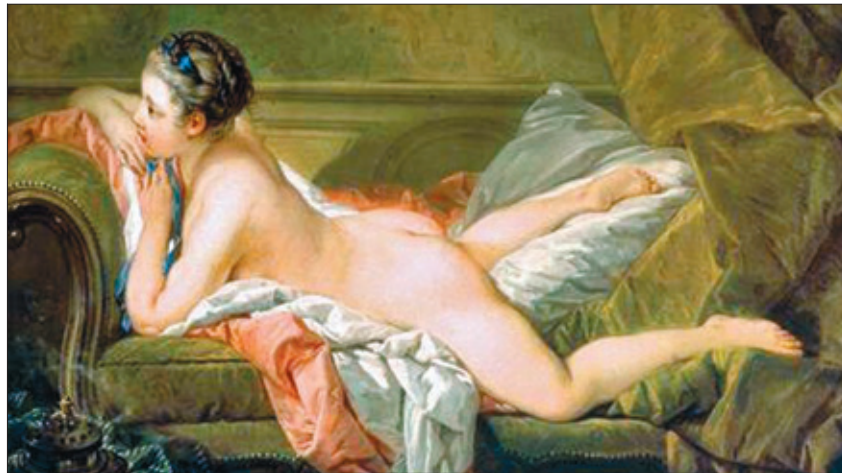
Si bien es reducida, la muestra de Ofelia Andrades abarca un amplio periodo de la pintura: empieza en el siglo dieciséis y termina en el diecinueve, y revive trabajos de Jan Vermeer, Francois Boucher, Hans Holbein, el Joven, y Francisco de Goya, entre otros.

Del autor español, la artista ha elegido su famosa *La maja desnuda*, pintada entre 1790 y 1800, para recrearla en una atmósfera muy recargada. “Quise vulgarizar a la maja”, explica la pintora, quien posó para este cuadro maquillada en exceso y en una habitación que bien podría ser la pieza de un burdel.

“Esta serie está inspirada únicamente en el hecho de que me encanta la historia del arte. Siempre me ha gustado mucho, desde el colegio (estudió en el Liceo Experimental Artístico). Me dieron ganas de retomar algunas pinturas y hacerlas de nuevo, y la única manera de disfrutar todos los pasos de copiarlas era interpretar yo a los personajes”, comenta la expositora, quien primero reprodujo los originales en fotografías que tomó una amiga suya y luego las trasladó a la tela.

Ofelia Andrades se considera tímida y pudorosa y, sin embargo, se desnudó para posar, entre otros, como la maja de Goya, como el Jesucristo de una tela de Hans Holbein y como la mujer de *Desnudo en reposo*, obra de Francois Boucher cuya imitación ilustra este artículo.

La modelo original de esa tela fue



Arriba, la versión original de “Desnudo en reposo”, de Francois Boucher. Al medio, retrato fotográfico de Ofelia Andrades y, abajo, la pintura que se exhibe en Galería Bech.

Marie-Louise O’Murphy, una de las tantas amantes que tuvo el rey Luis XV, de Francia, y cuando Boucher la retrató, en 1751, tenía sólo catorce años.

En su propia versión de esa obra, Ofelia Andrades trató de igualar casi a la perfección la posición de la cortesana, recostada sobre un futón, y para hacerlo tuvo que recurrir a una serie de cojines que le ayudaran a conseguir la curva que muestra la espalda de la muchacha.

“Fue súper difícil, porque la cintura está muy quebrada y las piernas están abiertas como las de una rana. A lo mejor era contorsionista”, cuenta.

-O quizás el pintor dio rienda suelta a su fantasía.

-Claro. Una de las cosas entretenidas de este trabajo ha sido detectar los artificios de la pintura. Las obras son construcciones de los artistas.

-Tu cuadro tiene un “infiltrado” contemporáneo: un alfiler-aro.

-Cuando la estaba pintando, alguien me hizo el comentario de que sería entretenido que hubiera algo del presente. Digamos que es un dato autobiográfico, porque siempre lo uso.

NOTICIAS SECRETAS



Roberto Castillo

Canibalismo amistoso

Antes de subirse al púlpito de la indignación o legislar sobre cuerpos ajenos, quienes lamentan la carencia de donantes de órganos en Chile deberían preguntarse qué razones hay para que esto ocurra.

¿Por qué este país, que puede ser tan teletonesco, tan fácilmente embolinado por despliegues de sentimentalismo colectivo, actúa con porfiada indiferencia frente a esta “escasez”? Una posible respuesta es que detrás de la indiferencia se esconde una arraigada desconfianza frente a los mecanismos encargados de regular el intercambio de órganos y otras partes del cuerpo humano. A esto se agrega la intuición de que la desigualdad inherente en la infraestructura de salud del país no da las garantías necesarias para asegurar un trato justo para víctimas de accidentes u otros donantes potenciales.



También hay que considerar que las personas tienen conciencia del modo opaco en que se realizan las transacciones sociales y económicas en Chile.

No comprendo por qué resulta sorprendente que la gente sea reacia a ponerse en manos de un sistema ineficiente, desigual y clasista, sobre todo en momentos en que ronda la muerte. El charqueo brutal de cadáveres se practica en Chile desde hace mucho tiempo, como lo sabe cualquiera que haya descubierto que un ser querido recién muerto es devuelto sin córneas y sin ninguna explicación al respecto.

Hay ciertos motivos para entender por qué este país, que puede ser tan teletonesco, tan fácilmente embolinado por despliegues de sentimentalismo colectivo, actúa con porfiada indiferencia frente al tema de la donación de órganos.

Tal vez persiste en algún pliegue de la memoria colectiva la historia de los trasplantes en Chile, en especial de los primeros trasplantes de corazón, tan celebrados en su tiempo, haya ya unos cuarenta años. Cuando faltaba todavía más de una década para la aparición de la ciclosporina, la droga que permite controlar la reacción inmunológica de rechazo, los chilenos nos enorgullecíamos de los experimentos que realizaban los cirujanos criollos, creyendo el cuento mediático del donante generoso y del recipiente milagrosamente recuperado, un acto de canibalismo amistoso y cívico. Nos decían que la costurera María Elena Peñaloza —la primera persona en Chile que recibió un corazón ajeno— engordaba de tanto que comía tras serle trasplantado el órgano de un joven porteño, cuando la verdad es que se hinchaba de tanta cortisona que le metían para postergar su triste muerte, para extender la gloria de la medicina y comprobar que nos acercábamos, esa vez sí que sí, al bendito desarrollo.

Copas de más

En la serie de pinturas que exhibe en la Galería Bech, Ofelia Andrades aparece también retratada como un rico mercader, como la pintora Artemisia Gentileschi y como la joven de la obra “Muchacha dormida”, de Vermeer. En esta última, la artista está sentada, con los ojos cerrados y apoyada sobre una mesa, mientras “duerme la mona” provocada por un exceso de vino.